

ACLARACIONES A LAS NOTAS DE UN LECTOR QUE TIENE SUEÑO

CÁSTULO CARRASCO, amigo a quien no conozco en efigie física, aunque sí ya un poco en su arborismo interior, ha publicado en estas mismas páginas un largo «ensayo» sobre mi libro (sobre el primer volumen de mi libro) «Los Sexos, el Amor y la Historia». Conocía yo tal «ensayo», antes de ser aquí publicado, gracias a la gentileza del autor que me lo envió. Entonces lo agradecí por carta, como hoy lo agradezco desde aquí, desde esta querida «ALCANTARA», tan limpia de sueños como serena de andadura... Pero hoy quiero contestar a Cástulo Carrasco, con unas breves notas a las tuyas tan amplias y locuaces para decirle sonriente y agradecido, que hasta las ideaciones tan perspicaces e inteligentes como las tuyas suelen idearse cuando uno se obstina en leer con sueño.

Hay un punto concreto de mi libro, el que se refiere a la muerte de Sócrates, que ha levantado oleajes de malestar y aun de indignación. Son muchos los que han sentido, como en carne propia, mis juicios sobre su figura venerable, que yo también como intelectual venero. En época reciente, en «La Prensa» de Buenos Aires alguien me aludió indignado por mis juicios sobre Sócrates. No pude contestar a tiempo porque me enteré tres o cuatro meses después. Pero en realidad no hizo falta. Un gran filósofo peruano, Alberto Wagner de Reyna, tomó la defensa con tal serenidad y acierto, que de seguro yo no lo hubiera hecho tan bien.

Hoy elijo a «ALCANTARA» para responder a la vez que a Cástulo Carrasco a mi adversario bonaerense. Enunciemos la cuestión con claridad:

¿Quién era Sócrates? Los más modernos filólogos y escoliastas de lo griego, desde Zeller hasta Burckhardt, V. Brochard, Nietzsche, Wilamowitz, Jaeger y Antonio Tovar (que resume en un hermoso libro todo lo importante que se ha dicho y pensado sobre Sócrates) no saben cómo interpretar muchas veces sus actitudes y reacciones. En su «ironía» cabe todo y la mayor parte de las veces no se sabe cómo entender esa ironía.

En lo que me parece que están todos conformes es que en Sócrates hay intelectual prototipo, un vicioso del razonamiento. El mismo en el «Teeteto» se califica asimismo de charlatán, gárrulo y curioso. Sin duda es un rasgo de modestia y no de ironía, pero vaya por los muchos momentos de ironía con inmodestia que surgen cuando habla ante el Tribunal, por ejemplo, que le juzga, y afirma que el Oráculo de Delfos dijo de él que era el más sabio de los

hombres, pero sólo para añadir después que él era más sabio porque solo sabía que no sabía nada. Pero en todo caso lo que viene a decir es que los atenienses no son sabios y sí lo es él, lo que no tiene nada de modestia. (H.^a de la Cultura Griega-Burckhardt II-310. Del mismo modo en la ironía de sus Diálogos, no deja de haber una secreta complacencia en demostrar a los demás su ignorancia; una cierta pedantería en fin. Con la ironía produce siempre impresión de superioridad (Ibidem III-304-347). También da a entender constantemente su inspiración divina.

Era un hombre urbano, un hombre, ya más que de ciudad, de urbe. Y tan ganado por el mundo de la urbe que no ha salido de Atenas ni quiere ni siente el campo como él mismo dice en uno de sus diálogos. «Hombres, hombres y no árboles». Nace en un arrabal y tiene la obsesión de las plazas y los pórticos en un charlatanear continuo... Canta la desocupación y el ocio. En este sentido es un hombre de su tiempo, un tiempo que recuerda a la época del Renacimiento italiano y español, en que el hombre se invade de una locuacidad invencible y todo se escribe en «Diálogos», como reflejando el profundo sentido conversacional de la época. Pero Sócrates era casado (casó hacia los 50 años) y tenía tres hijos de Xantipa. Lo de la otra esposa Mirtó, parece que es invención de los peripatéticos, quienes lo toman de Aristóteles en sus «Problemas». Y casado como era se arruinó. Poseía más de cien minas de renta, que le administraba ¿rentando con usura? su amigo Critón. Las cosas vinieron mal y se quedó con seis u ocho minas de renta. Y con eso vivía. Se comprende lo de su pobreza en el vestir, pero también la irritabilidad de Xantipa con tres hijos, mucha pobreza y un marido que se pasaba el día por las calles de Atenas hablando desapoderadamente... Diógenes Laercio (II-21) dice que, en sus coloquios, manoteaba y daba puñetazos y se mesaba las barbas y los cabellos; tal era la carga emocional que ponía en sus conversaciones, aunque siempre guardando la cortesía y aun la dulzura con la que encubría su ironía a veces despiadada. Los peripatéticos le suponen colérico, homosexual y usurero. Y dicen que un mago sirio le dijo que tenía cara de poseer malas inclinaciones a lo que contestó Sócrates que sí, pero que se las aguantaba. Así lo dice Tovar («Vida de Sócrates», página 78). Nietzsche saca punta a la cosa y la enlaza con su fealdad. Se pregunta ¿«Sócrates fué un griego»? Y se contesta que la fealdad suele ser signo de «desarrollo descendente», de «desarrollo cruzado, dificultado por el cruzamiento». Y añade: «La decadencia que había en Sócrates está revelada no sólo por la disolución y la anarquía confesada de sus instintos; está revelada también por la *superfetación del lógico* y aquella malignidad de raquítico que le distinguía». (El ocaso de los ídolos 214-213). En otra parte habla de sí su ironía, no será expresión de su «rencor plebeyo» y si su dialéctica no será una «forma de venganza». En fin, los mismos alardes de serenidad socrática significan para Nietzsche, la expresión de una dicha de vivir senil e infecunda. («Origen de la Tragedia» 125) También se preguntaba Nietzsche: «¿Qué, acaso ese socratismo no pudo muy bien ser el

signo de la decadencia, del cansancio, del agotamiento, del anarquismo disolvente de los instintos? Y la «serenidad helénica» de los griegos que vinieron después, ¿no sería un crepúsculo? (Ibidem 24). Y, en fin, en otra parte dice: «yo reconocía que Sócrates y Platón son síntomas de decadencia, instrumentos de la descomposición griega, antigriegas». (Y se refiere a su teoría del «Origen de la Tragedia»). Tovar lo compara con los héroes homéricos (Ibidem 329) y también lo encuentra disminuido... La ironía socrática es, unas veces modesta y otras lo contrario, jactancia, «aladsonia» como ha señalado Th. Gomperz.

¿Quién era Sócrates? No lo sabemos del todo, la verdad. Y no lo sabemos porque su conducta es desconcertante, y así, como desconcertante la califica más de una vez Antonio Tovar, cuya simpatía por Sócrates es evidente, pero cuya objetividad sobrepasa a su simpatía. No lo sabemos además porque no sabemos nada o casi nada de su juventud ni aun de su edad madura, pues los diálogos platónicos y las referencias todas de Ateneo, Jenofonte, Diógenes Laercio y no digamos de Demetrio Falereo y los peripatéticos, aluden al Sócrates ya casi viejo o viejo del todo. No lo sabemos, también, porque, con su ironía se envuelve a veces como en un manto y no sabemos qué quiere decir con su conducta o con sus palabras. Tovar, como Zeller, como Victor Brochard, como Feuillée, no ocultan esa arista biselada del pensamiento socrático, y no callan que a veces no se sabe qué quiere decir. Los propios discípulos se preguntan, por ejemplo, en el «Gorgias»; «Pero este hombre ¿habla en serio o en broma?». Y en fin, no sabemos con certeza, quien era Sócrates por que los que hablan de él, o hablan por referencias indirectas como los peripatéticos, como Diógenes Laercio, o porque los que hablan por conocimiento directo, tratan de hacer más apologías que biografías. Jenofonte escribe a los treinta años de muerto Sócrates, y escribe la Apología por salirse con la suya en una polémica. Parece que conoció escasamente a Sócrates. La Apología de Platón es de unos años antes, pero también como por compromiso, es decir obligado, no a narrar una biografía sino a hacer un panegírico. Y aún así, consta de tres partes con fechas distintas, como si la hubiera hecho a retazos.

¿Qué sabemos de él? ¿Era humilde y modesto, o un vanidoso disfrazado de ironías? ¿Era un valiente patriota o un cobardón como dice Ateneo? ¿Era «San Sócrates», como quiere Erasmo, o era un sujeto lleno de malas pasiones como lo dijo Zopiro el mago de Siria y como recoge Nietzsche? Platón en el «Banquete» nota en Sócrates un cierto desprecio por todos los hombres, pero Sócrates dice, en otra ocasión, que no le importan el campo ni los árboles sino la ciudad y los hombres; que es partero y comadrón como su madre y en la defensa que, según la Apología platónica, hace ante el Tribunal, detalla bien cómo era comadrón de hombres.

Cuando leemos a Sócrates ¿estamos seguros de que leemos a Sócrates, o a Platón exaltado y amoroso tejiendo mitos sobre Sócrates? Si Sócrates hubiera escrito sus obras, ¿tendríamos la misma

imagen de él? «La mejor posesión es el ocio» dice en el «Banquete» de Jenofonte. ¿Es que era un vago, un bohemio desligado de todo lo que no fuera charlar por las calles y las plazas? Con esa frase observa Tovar «daba la mejor explicación del abandono de sus negocios y de su actitud descuidada frente a todas las necesidades materiales» (Ibidem, página 94). Son pues verosímiles las escandaleras de Sócrates con Xantipa que recogen las historietas de los peripatéticos. Pero ¿cuánta razón no tendría esta mujer con tres hijos y un marido despreocupado y sin dinero, pero charlatán, que cuando va a llorar junto a su marido, éste la echa de su lado para seguir hablando con sus amigos? «Sócrates estaba aquí como en todo lo demás de su vida en un equilibrio tan difícil, que resultaba incomprendible aún para sus más fieles discípulos. En el fondo, su filosofía consistía esencialmente en ese desprecio del instinto que nos liga desesperadamente a la vida. Platón sabía que había que buscar para Sócrates una razón en su sacrificio, y creyó que lo mejor era fundamentar su serenidad en la fe, en la inmortalidad y en la providencia de los dioses. Pero en realidad, Sócrates no necesitaba esta fe para correr hacia la muerte. Es este uno de los momentos más extraños en los últimos días de Sócrates». (Ibidem—Antonio Tovar—326-327). Sócrates es desconcertante. Tiene gran amistad—a veces muy sospechosa, esta es la verdad—con sus discípulos, unos cuantos jóvenes ricos y, a veces, viciosos de Atenas, Critias el elegante y rico, Alcibiades el inmoral, Crístóbulo el amadado. Y sin embargo se tiene él mismo como el único que no se emborracha en las orgías con todos ellos (véase el final del «Banquete» platónico) y el que siempre guarda la medida de las formas y la ecuanimidad. No hay modo de saber si era un alma religiosa en el sentido tradicional griego o un innovador, un heresiarca, o más bien un librepensador que se reía de las creencias vulgares y oficiales. Habla de su demonio no sabemos si en serio del todo o no. Y alega ante sus amigos que le preguntan por qué no huye o se defiende, que es que su demonio no se lo aconseja. (Tovar 306-307). Cuando va a morir tiene 70 años y como ha señalado Tovar hay ya en él cierto hondo pesimismo o desengaño de vivir. Nietzsche dice «El mismo Sócrates parece que solicitó la pena de muerte, y no solamente el destierro, con plena conciencia de lo que hacía y sin experimentar ante lo desconocido el horror instintivo de la naturaleza». («El origen de la Tragedia», página 101). Y en otra parte: «Sócrates quería morir; no fué Atenas la que le dió la copa de veneno sino que él la tomó para sí mismo; él fué el que obligó a Atenas a que le diera la copa» (*Idolos*, pág. 218). En la apología de Jenofonte este reconoce el suicidio efectivo de Sócrates, no aceptando la huida e irritando deliberadamente a los jueces. Y así lo dice también Burckhardt (II-pág. 394) que sin embargo recoge los pasajes de Sócrates en que este rechaza el suicidio. Tovar no admite el suicidio, pero sí ve un cierto pesimismo, pues si al morir encargó a su amigo Critón que mande un gallo a Esculapio y el gallo solía ofendarse en acción de gracias cuando se recuperaba la salud (Esculapio era un dios médico) hay que interpretar—dice To-

var—que es que el morir le venía a curar de la enfermedad de vivir. Por eso añade «Sócrates lo ofrece—el gallo—con sublime y pesimista ironía por la solución de esta dura enfermedad que es la vida» (Ibidem, 333). En el «Critón» el propio Critón, amigo y coetáneo de Sócrates, le ofrece con claras y poderosas razones la ocasión de huir y no dar cumplimiento a una sentencia tan injusta. Incluso le ofrece, generosamente, su dinero (y Critón era muy rico). Sócrates contesta con un discurso bastante fuera de sitio, después de explicar el sueño que había tenido aquella noche. Critón le presiona; «creo que hasta traicionas a tus hijos cuando debieras educarlos y criarlos, los abandonas dejándolos entregados a la casualidad». Pero Sócrates en el largo y empachoso discurso a veces socarrón, como siempre, no hace alusión alguna a la suerte de estos hijos, salvo una al final, para decir que tan desamparados quedarían huyendo él como si se quedaba y muriera. Pero no piensa que pudo conseguir del Tribunal una pena más baja y resolverlo todo. Quizás en el fondo subconsciente, su demonio ansiaba la muerte por temor a la vejez como él dice. Así lo cree Tovar (328 y su nota en 404 ibidem).

No sabemos si era creyente de la religión tradicional o no. Se pueden traer textos para una postura u otra. La verdad es que fué perseguido por «asebía» es decir por impiedad. Y aunque esto de la «asebía» solía ser un pretexto para perseguir con otros motivos, —pues también Protágoras y Anaxágoras hubieron de ser desterrados por ello—la piedad socrática era muy personal. En el «Critón», por ejemplo, después de decir que debe morir para no desobedecer a la patria (lo que es excesivo pues no fué la patria sino unos cuantos, y por poca mayoría, los que le condenaron) termina diciendo que hay que aceptar el fallo porque «ese es el camino que el dios indica». Lanza un verdadero desafío al tribunal diciendo que si le absuelven con la condición de que no persista en sus actividades, pierde el tiempo el tribunal. Tovar comenta: «Desde el punto de vista de la habilidad procesal era una insensatez» (pág. 315).

Se comprende que haya habido quien hable del sonambulismo y de la perturbación mental de Sócrates; de tal modo es desconcertante su conducta. Ya en 1836, un médico francés, Lelut, escribió sobre el sentido del demonio socrático como una alucinación y aún una forma demencial (entonces no había una nomenclatura psiquiátrica más clara). Antes, Aristóteles le incluía entre los «melancólicos». Platón en el «Banquete» y en el «Fedón» lo presentaba con un momento de éxtasis. Aulo Galio afirma que tales éxtasis duraban varios días, «como si el alma se le separase del cuerpo». Después de Lelut, Guelman ha publicado un amplio estudio sobre la psicosis socrática. Diógenes Laercio (II-32) dice que bailaba solo y así lo sorprendieron alguna vez sus discípulos. Y Jenofonte, en el *Banquete*, lo confirma. Recuérdese que Platón en el *Banquete* nos cuenta que, durante una campaña, Sócrates, descalzo se mantuvo casi veinticuatro horas de pie, estático, pensando en un problema. Unase a ellos la exaltación que presentaba.

¿Y su conducta con las mujeres? ¿Y en el amor? A Xantipa no

parece profesarle amor, sino comprensión o condescendencia por haberle dado hijos, pero no tiene para estos, una sola alusión de ternura. En cuanto al otro amor, al «amor griego», Diógenes Laercio (11-23) nos cuenta cómo por el amor a un joven se condujo en cierta ocasión con heroísmo. En «Los Memorables» de Jenofonte vemos a Sócrates reprender a Critias porque está enamorado de Eutidemo. Aduce que el amor quita libertad. Pero en el propio *Banquete* de Platón vemos a Sócrates despreciar a Alcibiades por su conducta, y en el de Jenofonte, Cármides reprocha al maestro por haberle visto demasiado cerca de Cristóbulo. A ello Sócrates contesta con una ironía bastante sosa. Pero, además, Jenofonte nos cuenta la anécdota de Sócrates con Teodota, una mujer a la que Sócrates va a ver en unión de los discípulos. Sócrates dice a la hetaira que procure cazar bien con sus redes y que no le bastará «amar con ternura sino con inteligencia» lo cual no deja de ser bastante cínico, si esto es así como lo cuenta Jenofonte. Teodota termina proponiendo al filósofo que sea su colaborador en la busca y conquista de los amantes. También Sócrates tiene relación de amigo con Aspasia la amante de Pericles. Sócrates nos dice en el «Menéxeno» que es discípulo de Aspasia en retórica. Jenofonte en «Los memorables» dice que ese discípulo era también de amor. Parece que Jenofonte lo toma de la «Aspasia» de Esquines. Por último en el «Banquete» de Platón, Sócrates, se proclama «maestro en cosas de amor», pero debe ser ironía porque a poco se remite a lo que, sobre amor, le enseñó Diótima, la profetisa de Mantinea.

¿Y el arte? ¿Qué opiniones tenía Sócrates sobre el arte en general y la poesía en particular? ¿Era Sócrates capaz de arte? Nietzsche se pregunta si «necesariamente hay entre el socratismo y el arte una antinomia irreductible y si la idea de un Sócrates «artista» es algo absolutamente contradictorio entre sí» («Tragedia» 105). Si. Parece que el excesivo pensamiento lógico de Sócrates le lleva a identificar el saber y la virtud, de modo que el que más sabe es siempre el mejor, de donde hay que concluir que los profesores son los verdaderos santos, y que no hay santo posible si no sabe mucho de deberes y de filosofía moral; el excesivo pensamiento lógico ha incapacitado a Sócrates para todo lo que sea arte, poesía, amor y religión. El pensamiento mágico, la vertiente femenina del hombre estaba sofocada en Sócrates y quizás se denuncia en aquel demonio, que, escondido y retrepado, en lo hondo de su ser, le aconsejaba, a veces, en contra de los dictámenes de la razón. Por eso dice Nietzsche: «Aquél lógico despótico tuvo, de cuando en cuando, el sentimiento de una omisión, de una laguna, de un pesar, de un deber quizá incumplido». Contaba a sus amigos en prisión que se le aparecía a veces en su sueño una sombra siempre la misma, y que le repetía todos los días las mismas palabras: «Sócrates; ejercítate en la música». («Tragedia», pág. 105). Es la fundamentalidad del hombre que hace que haya en todos, un yo activo y otro en la reserva, y que hace a todo hombre que tenga reprimido su flanco mágico, escuchando voces en lo profundo de su ser. Y mucho más si se trata de hombres. Mucho an-

tes que yo, lo adivina genialmente Nietzsche, al decir: «Una clave para descifrar la esencia de Sócrates la encontramos en aquel extraño fenómeno que bajo el nombre de «demonio de Sócrates» nos permite ver más claramente en el fondo de la naturaleza de este hombre. En estas circunstancias, cuando la extraordinaria lucidez de su inteligencia parecía abandonarle, una voz divina se dejaba oír dentro de él y le daba nuevos ánimos. Cuando esta voz le habla, siempre le disuade. La naturaleza instintiva en esta naturaleza completamente anormal, no interviene nunca más que para *entorpecer*, para combatir el entendimiento consciente. Mientras que en todos los hombres el instinto, en lo que se refiere a la génesis de la productividad, es precisamente la fuerza poderosa positiva creadora, y la razón es consciente una función crítica desalentadora, en Sócrates, el instinto se revela como crítico y la razón es creadora; ¡verdadera monstruosidad por «defectum»! ¡Y en verdad comprobamos aquí un monstruoso «defectus» de toda disposición natural al misticismo, de suerte que Sócrates podría ser considerado como el «no místico» especificado, en el cual, por una particular superfetación, el espíritu lógico se hubiera desarrollado de una manera tan desmesurada como lo está en el místico la sabiduría instintiva. («Tragedia», 100). Lo que Nietzsche llama «instinto» y «razón consciente» es lo que yo llamo pensamiento mágico y pensamiento lógico del hombre respectivamente. Sócrates le llamaba «daimon», demonio. Platón en el «Timeo» dejándose llevar de su profundo sentido mágico, nos dice que el «demonio» de cada uno es lo que entraña lo más hondo y vivo del ánimo. Aristóteles en «Sobre la adivinación de los sueños», lo identifica con la potencia oscura que surge en los sueños humanos y Sócrates lo entiende como un fino sentido interín que le pone en comunicación con lo divino. Así lo interpreta también Tovar (226 *ibidem*). Y así lo he expuesto en mi libro. ¿«Qué es el hombre?» página 31.

Se comprende bien por qué el arte no es el fuerte del pensamiento socrático. Ni los Misterios ni la tragedia antigua y tradicional, los entendió nunca Sócrates. Sócrates es la revolución intelectual, la aparición de lo racional en las calles de Atenas y no pudo jamás entender la tradición de la tragedia griega en la que veía «algo completamente irracional», según Nietzsche. («Tragedia», 101). Exigía a sus discípulos que se abstuvieran rigurosamente de tomar parte en diversiones tan extrañas a la filosofía por lo que el joven poeta trágico Platón, para hacerse discípulo de Sócrates, empezó por quemar sus poemas». Así lo afirman también Zeller en su «Historia de la Filosofía» y Jaeger en su «Paideia». Sócrates con su incomprensión de la tragedia griega estuvo a punto de malograr al gran poeta que había en Platón. Aún así, este redujo la poesía, a criada de la Filosofía «bajo la influencia demoníaca de Sócrates» («Tragedia», 104). También Eurípides era aconsejado por él y en efecto, Eurípides representa la muerte de la tragedia antigua, que según Nietzsche la desdeñaba porque no la comprendía («Tragedia», 97). La influencia de Eurípides (del «sacrilego» Eurípides) en la muerte del teatro trágico es decisiva.

haciendo trocar «la emoción dionisicada en sentimiento naturalista» (104). Y la tragedia griega es arte y religión, es arte religioso. Por eso dice Nietzsche: que en el ojo de Sócrates «nunca vió chispear el entusiasmo artístico» («Tragedia», 100-102). Era hijo de escultor y escultor él mismo en su juventud, pero no debió ser muy apto para ese arte pues nunca volvió a incidir sobre la materia inerte para intentar crear algo más vivo. Fué aprendiz de cítara y la cítara se le negó. Se comprende que su demonio le instigara: «Sócrates aprende música»... Quizás a eso se deba el que los discípulos lo encontraran a solas intentando aprender un paso de danza, según cuenta Platón en el *Banquete*. En el «Fedón», Sócrates cree que la más alta música es la filosofía, lo que demuestra que nunca pudo entender y gustar el arte musical. (Y así lo confirma en «República» III-398-c). Y cuando va a morir, como su demonio le ha mandado hacer música, se pone a hilvanar unos malos versos sobre una fábula de Esopo, lo que demuestra que no comprendía otra poesía que la didáctica y la moral, es decir la poesía menos... poética. Si a todo esto añadimos que no gustaba del campo sino que en vez de árboles gusta ver hombres, ¿qué hay en Sócrates de pensamiento mágico? «El instinto seguro y penetrante de Aristófanes ha puesto en claro la verdad, cuando reunió, en un común objeto de odio, a Sócrates mismo, la tragedia de Eurípides y la música de los nuevos ditirambos y reconoció en estos fenómenos los estigmas de una cultura degenerada», dice Nietzsche («Tragedia», 121).

De esta limitación tiene él conciencia como lo demuestra esa voz del demonio que le manda aprender música y también el que en la «Apología» platónica, cuando habla del oráculo que proclamó a Sócrates el más sabio de los hombres, se compara él mismo con los poetas como si suspirara por poderlo ser... Pero poesía y música las identifica con la filosofía. Allí también dice que su filosofía es ciencia del hombre, queriendo acentuar lo del «hombre», cuando yo lo que acentúo es «lo de ciencia», pues sin sentir el amor, ni la poesía, ni los misterios, ¿cómo se puede entender al hombre?

Sócrates es pues un hombre con miserias, caídas, flaquezas: por lo tanto «humano». Esto es innegable. Pero yo he dicho en mi libro que la máxima riqueza humana es la de aquel que sabe vivir desde la doble vertiente de su ser, desde el pensamiento lógico y el pensamiento mágico. Y Sócrates, ya lo vemos solo tiene hipertrofia de intelectual; es un cabezota totalmente reseco de los manantios afectivos ¿Cómo entonces se nos propone como dechado humano, como máximo ejemplar de nuestra humanidad? Aun no admitiendo que fuera avaricioso, usurero, homosexual, si queremos que sea el hombre que con sus frenos intelectuales ahoga su mundo afectivo; si vemos que no ama sino que soporta a Xantipa; si no demuestra al morir un punto de ternura por ella, ni por sus hijos, dando de amor tantas muestras para Agatón, para Cristóbulo, para Critias, para Alcibiades; si no entiende la escultura, ni gusta la música, ni el paisaje natural, ni la poesía, ¿no debemos afirmar que era un sabio, sí, pero limitado, hombre incompleto y defectuoso que no sabe

llorar, ni orar, ni amar, ni conjugarse con los demás en la música y en el arte? Su falta de rebeldía, encubierta con unos razonamientos especiosos en que se afirma que a la patria hay que obedecerla hasta cuando unos ciudadanos (no la Patria) son injustos, ¿no será más bien apatía o cansancio y no virtud?

Y ahora vuelvo a Cástulo Carrasco, quien en noches en que debió dormir se puso a leer, con no mucho calado, la verdad, en lo que iba leyendo. Toma mi frase «apenas si sabemos que tuvo hijos» y la impugna sin haberla querido entender, quizás para poder aportar sus textos de Diógenes Laercio. Pero esta frase va dicha en mi libro porque en el momento de morir, Sócrates con toda la «mise en scene», no tiene un recuerdo, una palabra para ellos que quedaran desamparados. Pero ¿a qué traer textos para probar que tuvo hijos? ¿Acaso en el mío no se reconoce que sí que los tuvo? Pero ¿no dice antes Sócrates que no quiere que sus hijos y su mujer perturbasen con sus lloros sus últimos instantes? (página 498). Lo que la frase dice—y también se deduce del contexto—es que apenas si se nota en Sócrates (según la frialdad de sus palabras en aquel momento) que tuviera hijos, es decir que se conducía como si no los tuviera. He tenido que hacer esfuerzos para descender a la hermenéutica de textos tan claros, a un amigo tan inteligente como Cástulo Carrasco. Pero él se ha hecho merecedor, por leer entre cabezadas de sueño.

Del mismo modo mis adjetivaciones (rumiante, bovino) tan maltratadas por mi interlocutor discrepante, son imagen literaria y no dicitario. Dice mi texto: Sócrates es en efecto, un puro intelectual; un bovino continuamente babeando ideas abstractas de vida. La verdad para él es el bien y la virtud, etc., etc. Esto no es decir que como intelectual sea una bestia (¿cómo podría yo decir esto, que soy también un intelectual, aunque modestísimo?) sino que al ponerse a pensar y raciocinar, todo intelectual toma el aspecto de un rumiante.

Por último, de la cita que hace de Scheler, también Cástulo Carrasco equivoca la lección. En la página 318 de mi libro se dice: «Ninguna especie ni forma de leyes poéticas se deja reducir a las leyes biosíquicas de los procesos automáticos (y objetivos) teleoclinos: cada uno de estos grupos es autónomo». Y ahí termina la transcripción del texto de Scheler, aunque tipográficamente puede dudarse. Lo demás es comentario mío; es decir, la cita de la tierra podrida y su relación con la flor. Scheler no la usó nunca. Por eso cuando más adelante vuelve sobre ella, para reforzar mi argumentación crítica no se me puede decir que me he aprovechado de ella después de rechazarla.

Amigo Cástulo Carrasco: Muchas gracias por su atención a mi libro, por sus observaciones y sus elogios. Pero un consejo que le digo sonriente: no se acostumbre a leer cuando tiene sueño.

PEDRO CABA

Panorama urbano (B)

Por las calles grisáceas el rebaño camina...

Discos verdes le impulsan a una breve estampida sin que llegue a los pastos de la holganza tranquila por que valla sus rumbos berroqueña mentira.

Desde el árbol de hierro el rojo disco brilla y el pastor invisible suspendió la avenida y la grey se ha sentido un momento indecisa.

(Por las calles grisáceas el rebaño camina...)

Hay un guardia de luto cuyo gestos dominan los impulsos abstractos de las gentes remisas y su casco tan blanco es jalón que baliza esa vena negruzca que se encoge y se estira.

Ni el roncar de los *claxon*, ni el tonar de bocinas hallan eco en su oído; y tan solo en su vista se refleja el cansancio que la vida rezuma.

(Por las calles grisáceas el rebaño camina...)

Hay quien pone entre ruedas sus inútiles prisas y un féretro móvil va corriendo las vías portador de un cadáver que a intervalos se agita.

Hoy tan solo se piensa dedicar energías a robarle al reloj las fracciones más íntimas para luego gastarlas en acciones inícuas.

—Lo veloz es un algo que a los tiempos se quita, aunque el viejo Saturno lo recobra en seguida.

(Por las calles grisáceas el rebaño camina...)

En las bocas del Metro el enjambre es de hormigas, que se adentra impertérrito en las más negras simas, que su prisa es señora que subyuga y que dicta, sin que haya quien le muestre la escondida rencilla por temor a la cólera que al rebelde aniquila.